

TERCERA PARTE

I

Matzko esperó durante algunos días noticias de Zgogeliz, pero no recibiendo ninguna, decidió ir á ver á Zich; como no tenía culpa alguna en lo que había ocurrido, deseaba saber si su amigo estaba injustamente irritado contra él. En cuanto al abad, Matzko comprendía que estaba indignado contra los dos y que le sería muy difícil calmar sus iras. De todos modos, combinó un plan guerrero para sacar el mejor partido posible de las malas circunstancias en que estaba colocado. Encaminóse hacia Zgogeliz y tuvo la buena suerte de hallar á Jaghenka sola.

Estaba ésta muy triste.

—¿No está tu padre?

—Ha ido á cazar con el abad y volverá pronto.

Jaghenka preguntó á su huésped:

—¿Os aburrís mucho sola?

—Sí; ¿ya sabes que Zbishko partió?

Jaghenka suspiró.

—Ya lo sé; le ví el mismo día que marchó, esperaba que viniese á despedirse, pero no lo ha hecho.

—¿Cómo quieres que viniera? El abad le hubiera des-cuartizado.

La muchacha meneó la cabeza y dijo:

—No hubiera consentido que nadie le ofendiese.

Matzko, aunque tuviera duro el corazón por las guerras, abrazóla conmovido y dijo:

—Dios te proteja; tú sufres y yo también; cree que hubiera preferido morir de mi herida, que verte despreciada por Zbishko.

La muchacha palideció; su rostro revelaba interna pena y con voz débil añadió:

—Yo no le quiero ver más... y prefiero morir á verle casado con la hija de Jurand.

La niña ocultó el rostro entre sus manos y rompió en amargo llanto.

—Cálmate, es verdad que se fué, pero Dios hará que vuelva sin esa muchacha.

—¿Por qué?

—Porque Jurand no quiere darle á su hija.

Aquellas palabras la tranquilizaron algo, infundiéndola cierta esperanza.

—Ya me lo había dicho él; ¿es verdad?

—Sí.

—¿Por qué se la niega?

—No se sabe; debe haber de por medio algún voto ó alguna causa grande. Danusia parece demostrarle inclinación, pero es imposible que pueda prevalecer su voluntad contra el tesón de su padre. La niña salvó la vida á Zbishko al cubrirle con su velo, y éste es natural que la muestre su agradecimiento y trate de cumplir el voto que le hizo, aun cuando sus corazones no latan al unísono. Me parece que no hemos de tardar en verle de nuevo en Bogdanetz y entonces ya puedes colegir que volverá á tu lado, porque hace tiempo noté que le gustaba mucho tu compañía.

—¿Cómo lo sabéis? ¿quién os lo ha dicho? decid, decid.

—¿Quién me lo ha dicho? Lo he comprendido cuando Zbishko vacilaba en marchar; pocos momentos antes le pregunté si pensaba en tí y me contestó: «¡Bendígala Dios y cólmela de dichal»

—No lo creo.

—Te juro que es cierto. Creo que en lo sucesivo su afecto por Danusia será menos vivo, porque habiendo conocido á una mujer inteligente y bella como tú, no es posible que se acuerde de la que al fin y al cabo no es sino una niña.

—¡Quisieralo Dios!—exclamó Jaghenka.

Pero al acabar de decir esto, se ruborizó comprendiendo que revelaba su secreto.

Matzko añadió:

—No te entristezcas, que yo casi te puedo decir lo que sucederá; Zbishko irá á la corte, y allí como es natural, procurará cumplir el voto que hizo á la niña. Aun cuando los templarios son gente valerosa y diestra en el manejo de las armas, Zbishko creo que los vencerá, porque es experto en la lucha, tiene el brazo robusto y conoce el arte del duelo. ¿No has oído de qué modo pegó á Chtan y Vilko aun cuando eran muy fuertes? Zbishko arrancará, pues los penachos de los alemanes, pero no se casará con Danusia, porque yo sé como está el asunto.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé; ten un poco de paciencia; aun cuando no le esperes, no podrá ofenderse por ello... por lo pronto debes procurar tranquilizar al abad y á tu padre.

—¿Qué debo decirles? Mi padre parece más triste que enfadado; en cuanto al abad, no quiere oír el nombre de vuestro sobrino. Ya me ha armado un caramillo por lo del siervo.

—¿Qué siervo?

—Teníamos uno tcheque, cogido por mi padre en Boleslavetz, un hombre fiel y concienzudo, llamado Glava. Mi padre me lo regaló á mí y yo le procuré buenas armas

y lo envié á Zbishko para que le defienda, y en caso de alguna desgracia me lo comunique. Dile dinero para el viaje y me juró servir fielmente á Zbishko hasta la muerte.

—¡Qué buena eres! ¿Y Zich, consintió?

—Primero no; pero cuando se lo pedí de rodillas, consintió. Al abad se lo dijeron sus bufones, y al saberlo se enfureció tanto, que mi padre tuvo que esconderse; pero tanto supliqué al terrible prelado, que me perdonó, acabando por regalarme un collar.

—En verdad, que no sé á quién amo más, si á tí, ó á él.

El ladrar de los perros que se oyó á lo lejos, advirtió á la niña y al viejo de la vuelta de los cazadores.

El abad, al ver desde lejos al viejo, levantó instintivamente la lanza, no para herirle, sino para demostrar el disgusto y el rencor que guardaba contra la gente de Bogdanetz; el anciano fingió no advertirlo y se inclinó profundamente. Jaghenka no se percató de nada de lo ocurrido, porque únicamente miraba á dos caballeros del séquito del abad: Chtan y Vilko.

Matzko, al verlos, se estremeció, ocurriéndosele que uno de ellos se casaría con Jaghenka, adquiriendo las tierras y el dinero del abad, y su dolor aumentó al ver que Vilko, cuyo padre se había batido contra el sacerdote, ayudaba á bajar á éste del caballo.

—El abad hará las paces con el viejo Vilko, y dará á la muchacha bosques y campos.

Jaghenka, que quizá con su intuición femenina adviriera la preocupación de Matzko, dijo:

—Veo que ya están curados de las caricias de Zbishko, pero no sé quién les manda volver.

Matzko no miró; el rostro de la moza se había coloreado, no con los tintes del pudor, sino con el sonrojo de la ira, del desdén, del orgullo. Sus azules ojos tenían reflejos metálicos y se advertía un gran esfuerzo sobre sí misma para contener su cólera.

Matzko murmuró:

—Tú harás lo que te diga el abad.

—No,—contestó resueltamente la joven,—él será el que haga lo que yo quiera.

Matzko pensó: «¿Es posible que aquel tonto no se enamore de una muchacha así?»

II

Zbishko, al abandonar Bogdanetz, sintió gran pena y se le saltaron las lágrimas de dolor; sentía hondamente separarse de su tío, al que no hubiera querido dejar nunca; parecía que sería imposible resistir esta ausencia, y pelear, no teniendo á su lado á quien de continuo había sido su sostén y su vida.

También sentía la separación de Jaghenka, á la que ya quería, aunque pensara á menudo en Danusia; ahora que no la veía humilde y cariñosa á su lado sentía una tristeza profunda y casi se arrepentía de haberla dejado.

Zbishko experimentaba una inquietud que nunca conociera; en su mente veía de nuevo escenas ya pasadas; veía á Jaghenka con el cabello húmedo y suelto, cerca del lago; oía de nuevo su voz firme al gritar: «Toma el hacha» y veía el fulgor del arma de Jaghenka que, con golpe firme, destrozó el pecho al oso. Recordaba también la caza del castor, y aunque no hubiese visto á la joven nadar en persecución del animal muerto, parecía verla atrevida y graciosa entrar en el agua turbia y experimentaba un ansia, un estremecimiento como el que sintió el día en que una ráfaga de viento levantó la saya de la joven. Veíala sonriente y pura como una fresca rosa, orar con devoción

en la iglesia de Kcesno, donde su corazón palpitó y su labio inconsciente rogó á Dios que la protejiese sus amores. «¿Por qué, por qué no fui á despedirme de ella? la hubiese abrazado, la hubiese... ¡Oh! no... es mejor que no la haya visto, que no hayan resonado en mis oídos sus palabras amorosas, porque no sé si hubiera podido contenerme...»

Tales eran los pensamientos que Zbishko no podía apartar de sí, por más que le parecía pecaminoso recordarla, al acercarse á Danusia. Por eso de cuando en cuando, para infundirse valor á sí mismo y ahuyentar sus recuerdos, repetía: «Pronto te veré, Danusia, dueña y señora mía.»

Pero comprendía que su afecto por Danusia no provenía de una pasión, sino del reconocimiento.

Ella le salvó la vida y Zbishko lo recordaba, pero aquel recuerdo no inflamaba su carne.

Un viento frío soplaba furiosamente, y calmaba algo sus visiones sensuales. Pero, mal de su grado, la imagen de Jaghenka incitante volvía á su mente sin cesar y en vano trataba de hallarla defectos, porque la luminosa aparición no los tenía.

En tanto que Zbishko se enfrascaba en estos pensamientos, el tcheque Glava se le acercó presentándole un caballo cargado de efectos de guerra.

—¡Bendito sea el nombre del Señor!

El caballero le había visto en Zgogelitz, pero no reconociéndole le preguntó:

—¿Quién eres?

—¡Vuestro siervo, ilustrísimo señor!

—¿Mi siervo? Mis siervos están ahí. ¿Y tú quién eres, quién te envía?

—Jaghenka, hija de Zich.

—¿Jaghenka?

Zbishko, que en aquel instante sentía una especie de indiferencia por ella, dijo:

—Vuelve á casa y dale gracias por su bondad, pero dile que no te necesito.

—No puedo volver, porque me han regalado á vos, y yo hice juramento de serviros hasta la muerte.

—Si te han regalado á mí, eres mi siervo.

—Sí, lo soy.

—Pues bien, como tal, te mando que te vuelvas.

—He jurado, y aun cuando ahora sea un esclavo, corre por mis venas mi antigua sangre de caballero.

Zbishko se irritó.

—¡Vete! ¿qué significa esto? ¿quieres seguirme contra mi voluntad? Vete, si no, monto el arco.

El tcheque tomó del caballo un manto forrado de piel de lobo.

—Jaghenka os envía esto.

—¿Quieres que te rompa los huesos?—contestóle cogiendo la lanza.

—También esta cartera.

Zbishko levantó la lanza, pero se acordó que el tcheque, aunque siervo, era noble, y dejó caer el arma.

El tcheque, inclinándose, continuó:

—No os irritéis conmigo, señor; si no me permitís acompañaros, os seguiré á tres ó cuatrocientos pasos, porque lo he jurado por mi alma.

—¿Y si ordeno prenderte y matarte?

—Si mandáis eso, el pecado no será mío.

Zbishko no contestó á estas palabras de Glava, que con el arco y la aljaba á la espalda, cabalgaba cubriéndose con una piel de búfalo, porque el viento soplaba con impetu y pequeños copos de nieve se agitaban en el aire. El mal tiempo aumentaba. Los turcos, aunque cubiertos con gruesas pellizas, temblaban de frío; Zbishko miró algunos instantes la capa que le traía Glava, y por fin ordenó que se la pusieran.

Un grato calor se extendió por sus miembros, y el amplio capuchón que le cubría la mayor parte del rostro defendíale contra la frialdad de la nevada.

Zbishko pensó que Jaghenka era una buena chica, y acercó su caballo al de Glava, para interrogarle acerca de lo que ocurría en Zgogelitz.

Llamando á su nuevo siervo, preguntó:

—¿Zich sabe que tu señora te ha enviado aquí?

—Sí, señor.

—¿Y no se opuso?

—Al principio, sí.

—Cuéntame lo que pasó.

—El señor se paseaba por la habitación y su hija detrás de él; cuando Zich gritaba, ella se arrojaba á sus piés sin protestar. Al cabo de un rato el señor gritó: «¿Estás sorda, por qué no contestas? habla, haré lo que quieras, aunque el abad me rompa la cabeza.» Entonces la señora dióle las gracias y le explicó que quería enviaros dos caballos. Su padre se opuso, pero por fin venció la insistencia de la niña, y al cabo le permitió que os trajera la pelliza y la cartera.

—¡Qué buena chica!—pensó Zbishko.

A renglón seguido preguntó:

—¿Y el abad?

El techeque sonrió á fuer de hombre inteligente y contestó:

—Marchó antes que yo, y no supo por lo tanto mi partida. Si se entera, creo que ocurre un cataclismo. El otro día gritó como un condenado durante media hora, pero luego supe que había regalado un collar á Jaghenka. Esta sabe amansarle maravillosamente.

—¿La quiere mucho el abad?

—Parece que sí.

Ambos callaron. La nieve continuaba cayendo y se posaba sobre las ramas de los árboles, en el suelo, y cubría los vestidos de los viajeros,

De repente Zbishko paró su caballo. Había oído una voz lastimera que salía del bosque. Un hombre avanzó entre la espesura, y saliendo al camino, se detuvo ante Zbishko, gritando:

—Cristianos, auxiliad á un siervo de Dios que está en un trance horrible; auxiliad...

—¿Qué tienes? ¿quién eres?

—Soy un siervo de Dios, aunque todavía no estoy consagrado; esta mañana se me escapó el caballo que llevaba la caja de las santas reliquias, y como no llevo armas, temo que me devoren los lobos.

—Si murieses por mi culpa, yo debería responder de tus pecados,—contestó Zbishko; ¿pero cómo creerte? ¿No eres quizá un vagabundo, un bandolero?

—Señor, me conoceréis al ver lo que guardo en la caja, veréis qué esplendor, qué riqueza; os daré parte de ellas para que me dejéis viajar en vuestra compañía.

—¿Te llamas siervo de Dios, y no sabes que hay que socorrer al prójimo? ¿Y qué hablas de tus riquezas, si el caballo huyó con la caja?

—No, que lo devoraron los lobos, y las cajas las tengo yo.

Con la mano indicaba dos grandes fardos arrimados á un pino.

Zbishko le observaba con desconfianza, pues le parecía antes bien un bandolero que un santo varón.

De todos modos le permitió que montase el caballo que conducía el techeque y que iba sin ginete.

—¡Concédate Dios nuevas victorias!—dijo el desconocido;—y también pelos en la cara,—añadió en voz baja.

El viento soplaba furiosamente y silbaba á través de los árboles de la selva. El techeque dirigió la palabra al desconocido:

—Yo no niego que tú hayas estado en Roma, pero digo que pareces á uno de esos alemanes que no saben más que beber cerveza,

—Teme el castigo eterno,—contestó el desconocido,—hablar de cerveza con este frío no es oportuno; habla de vino, y si tienes, dame un trago y obtendré para tí cien días de indulgencia.

—¿Cómo? has dicho que no estás aún consagrado.

—Todavía no soy sacerdote, pero tengo ya la tonsura y llevo conmigo la bula.

—¿En esta cajita quizá?

—Sí, señor, y si os enseñara lo que encierra, os echaríais á mis piés, no solo vosotros, sino hasta los pinos y las fieras del bosque.

El tcheque le miró incrédulamente, y sonriendo, dijo:

—A pesar de tu bula, los lobos se comieron tu caballo...

—Sí, porque son parientes del diablo. Dame un trago, pues, que estoy helado.

El tcheque le complació y preguntó al desconocido:

—¿Dónde váis?

—Lejos; primero, á Seradz. ¿Quieres venir conmigo?

—No puedo. Esta noche dormiré en un establo y mañana, si el caballero me regala este caballo, seguiré mi camino.

—¿Dónde vas?

—A Malborg.

Al oír aquel nombre Zbishko hízole una señal para que se acercase.

—¿Eres de Malborg?

—Sí, señor.

—No eres alemán, pues hablas muy bien nuestra lengua. ¿Cómo te llamas?

—Soy alemán y me llamo Zanderus.

—¿Cuánto tiempo hace que saliste de Malborg?

—Yo, señor, he estado en Tierra Santa, luego, en Constantinopla y en Roma y atravesando Francia llegué á Malborg, y me dirigía hacia Masovia para distribuir las

santas reliquias que los cristianos compran para conseguir la salvación de su alma.

—¿Has estado en Plotzko y en Varsovia?

—Sí, y conceda Dios salud á su princesa; muy amada es Alejandra, pero lo es también Ana Danuta y muy querida.

—¿Está la corte en Varsovia? ¿La has visto?

—No, la hallé en Tzechanov, donde el príncipe y la princesa me acogieron benévolamente como siervo de Dios; en justo agradecimiento les dejé una reliquia que les atraerá las bendiciones del cielo.

Zbishko, quería preguntar por Danusia, pero titubeó, temiendo lo desconocido; pensaba que quizá aquel hombre era un aventurero y no quería darle á conocer su amor.

Después de un momento añadió:

—¿Qué reliquias traes?

—Traigo las Bulas de indulgencia y las Reliquias; de Bulas, tengo una colección completa, las hay para quinientos años, para ciento y aun para menos tiempo, á fin de que los pobres puedan disminuir las penas del purgatorio. Tengo bulas para los pecados cometidos y para los que se han de cometer, y no creáis, señor, que guarde para mí el dinero recibido; yo me mantengo con pan negro y agua, todo lo que recaudo es para Roma, á fin de que pueda emprenderse una nueva Cruzada. Hay algunos que falsifican bulas y reliquias, pero yo no soy de esos, y me ha tratado con injusticia el prior de Seradz quien...

—¿Qué os ha hecho?

—Creo que es un hereje; si vais á Seradz, no habléis con el prior para no darle ocasión de pecar.

—Ya veo que te ha tomado por un charlatán.

—Hubiese sufrido que se burlase de mí, pero no que vilipendiara mis reliquias, estoy seguro que Dios le castigará por ello.

—¿Qué reliquias llevas?

—Tan venerables son, que no se puede nombrarlas con la cabeza cubierta; pero ahora no me descubro porque el viento empieza á soplar. Cuando lleguemos á poblado, me compraréis una bula de indulgencia, y vuestros pecados os serán perdonados. Tengo toda suerte de reliquias. Poseo la pezuña del asno que sirvió para la huida á Egipto. La hallaron cerca de las pirámides y el rey de Aragón me dará lo que pida por ella. Tengo la pluma que el Arcángel Gabriel dejó caer del ala izquierda el día de la Anunciación. El aceite con que las paganos querían freir á San Juan; un peldaño de la escala que Jacob vió en sueños; las lágrimas de María Egipcíaca y el orin de una de las llaves de San Pedro. No puedo enumerar las demás cosas, porque estoy helado y vuestro criado no quiere darme vino.

—Si es verdad lo que decís, poseéis un gran tesoro.

—No lo dudéis, y si os queréis evitar una desventura, compradme una bula por vuestros pecados, ó si no dentro de dos ó tres semanas morirá alguna de las personas que más queréis.

Zbishko asustóse de la profecía y vió en su mente la imagen de Danusia.

—No soy yo quien duda, sino el prior de Seradz.

—Observad, señor, la cera de los sellos, y en cuanto al prior, ¿quién sabe si está vivo todavía?

En realidad, el prior estaba vivo y bien vivo y Zbishko, apenas lo vió, le encargó dos misas, una por la salud de su tío y otra porque Dios le permitiera arrancar los penachos alemanes.

El prior era gran enemigo de los cruzados, y al oír el intento de Zbishko exclamó:

—Encontrarás un castigo terrible cuando te presentes ante Dios, pero no quiero disuadirte de tu empresa porque has hecho un voto, y deseo que se les castigue por el daño que han hecho en Seradz.

—¿También aquí han cometido desmanes?

El anciano prior repuso:

—Tenía yo apenas doce años y vivía en Cilea, cuando los cruzados asaltaron la ciudad entrando á saco; las mujeres eran deshonradas y muertas, los niños lanzados á las hogueras, asesinados los sacerdotes... tal fué la obra de esos malvados. El prior Nicolás se echó á los piés del conde Enrique que los mandaba, pidiendo por Dios que cesara en su terrible obra, pero aquel infame, en vez de escucharle mandó que fuera atado á la cola de un caballo y arrastrado por las calles. Dios ha castigado á los templarios bajo los muros de Plovzk, pero no están aún bien castigados.

Zbishko contestó:

—En Plovzk cayeron todos los caballeros de mi familia, pero sírveme de consuelo pensar que veinte mil alemanes pagaron con su vida su temeridad.

—Tiempo vendrá en que estalle una guerra más nefasta para ellos.

—Así sea.

Después habló al prior del mercader encontrado en el camino, preguntándole si creía en la verdad de sus palabras.

Contestó el prior diciendo que el papa había ordenado á los obispos perseguir a semejantes embaucadores, y que él creía que quizá el que encontró Zbishko era uno de ellos.

El prior invitó al joven á pasar la noche en el convento, pero aquel no aceptó la invitación, porque quería poner un cartel, desafiando al que negase que Danusia de Spichov era la dama más gentil del mundo, y tal cartel, no podía fijarse en las paredes de un convento.

Ocurrió también que ni el prior, ni los frailes, quisieron escribir el cartel de desafío, y el caballero no sabía cómo componérselas, de suerte que resolvió acudir á las luces del vendedor de reliquias.

—El prior,—dijo,—no sabe si eres un charlatan, pero

afirma que si no lo eres, no has de temer la investigación del obispo.

—No temo su juicio, pero sí el de los frailes que no entienden nada en cuestión de sellos. Quiero ir á Cracovia, pero como no tengo caballo, tengo que esperar á que me regalen uno; entonces enviaré una carta y dentro de ella los sellos en cuestión.

—¿Quién la llevará?

—Un viajero cualquiera.

—¿Sabría escribir en una hoja de papel?

—Sí, y sobre una tabla.

—Será mejor esto último; así durará más.

Los criados trajeron una tablilla bien lavada y Zanderus se puso á escribir en seguida.

Zbishko no pudo leer lo que decía, pero ordenó que la tablilla fuese clavada en la puerta junto al escudo, y que los dos turcos custodiaran aquel.

El que tocase con la espada el escudo, indicaba que aceptaba el desafío.

Seradz debía ser una población tranquila porque el escudo estuvo dos días sin que nadie lo tocase y Zbishko tuvo que volver á emprender su marcha muy mortificado.

Poco antes de partir se le acercó Zanderus y le dijo:

—Si hubieseis expuesto el cartel en país prusiano hubieseis debido recurrir á las armas.

—No lo creo; pues los cruzados son monjes y no pueden tener señora de sus pensamientos.

—No sé si la tienen ó no, pero sé que les gustan. Es verdad que han jurado luchar solo por la fé; pero hay con ellos muchos caballeros de lejanos países, especialmente franceses que solo piensan en duelos y querellas.

—¿Qué me importa? les he visto cerca de Vilna y si Dios me lo permite, también les veré en Malborg, pues he de cumplir mi juramento y han de caer sus penachos en mis manos.

—Señor, compradme dos ó tres gotas del sudor que

San Jorge vertió al luchar con el dragón. Ninguna reliquia puede ser tan útil á un caballero valeroso. A cambio de esto me daréis el caballo que he montado hasta aquí; y yo, en cambio, prometo absolveros por toda la sangre que vertáis luchando con los alemanes.

—Déjame, no me irrites, nada quiero comprarte hasta que me convenza de que no eres un impostor.

—Señor, me parece que habéis dicho que ibais á la corte del príncipe Janush; preguntad á los señores de su corte cuántas reliquias me han comprado; la princesa, los caballeros, las jóvenes antes de desposarse.

—¿De desposarse?

—Sí, los desposorios que se conciertan antes de Navidad. Muchos caballeros se casan porque corre el rumor de que estallará la guerra entre polacos y prusianos, y cada cual desea antes de morir gozar las delicias del amor.

—¿Qué jóvenes se han desposado?

—Casi todas las de la corte; quizá no quede una sin compromiso.

—¿Y Danusia de Spichov, cuyo nombre está en el cartel de desafío, se ha casado?

Zanderus se puso pensativo; no sabía nada, y comprendió que dejándole en la incertidumbre podría sacar más partido; el caballero era joven, y debía ser generoso; además, la coraza milanese y el soberbio caballo le daban por rico, así es que arrugando el entrecejo añadió:

—¿Danusia de qué país es?

—De Spichov.

—He visto muchas jóvenes y no me acuerdo.

—Es muy niña aún, toca el laud, y la princesa la quiere mucho.

—¿Toca el laud? ¡Ah! sí. Su pelo es negro como el ébano... Se ha casado.

—No, hombre, no, Danusia es rubia.

—Me equivocaba; la del cabello negro se ha quedado

con la princesa, las otras son las que se casaron casi todas.

—Me sumís en un mar de dudas.

—No lo extrañéis, porque yo mismo á consecuencia de mis desdichas no sé dónde tengo la cabeza. Si me dierais un caballo...

—Lo tendréis si no mentís.

El tcheque que había oído el coloquio sonreía, y por fin dijo:

—La verdad la sabremos en la corte.

Zanderus le miró con ironía replicándole:

—¿Crees que temo ir á la corte?

—No digo eso, pero te aseguro que ni ahora ni dentro de tres días tendrás caballo propio, y deberás dar gracias al santo de tu nombre si conservas enteros tus huesos.

—Es verdad,—dijo Zbishko.

Zanderus, contestó:

—Si hubiera querido mentir, hubiese dicho en seguida si la joven estaba ó no casada. En vez de eso, dije que no me acordaba, y si tuvieras seso hubieras comprendido mi honradez al oír la respuesta.

—Missesos no son de la misma casta que tu virtud, que debe ser hermana del alma de un perro.

El tcheque y el alemán siguieron disputando, y hubieran llegado á las manos, á no ser porque Zbishko les hizo callar á ambos.

Más allá de Seradz el camino atravesaba inmensos y espesísimos bosques. A ambos lados de aquél, había profundos y anchos fosos á fin de evitar el riesgo que para los viajeros constituían las fieras y alimañas que poblaban la arboleda. También alguna que otra vez, cuadrillas de ladrones asaltaban á los viajeros y como entonces no había vigilancia alguna, los que no sabían defenderse corrían peligro de morir á mano airada.

Zbishko no se preocupaba de tales riesgos, pero en cambio estaba inquieto pensando que al llegar á la corte po-

dría encontrar á Danusia casada, y aquella idea le preocupaba y entristecía. Parecía imposible que le hubiera olvidado, pero por otra parte pensaba que Jurand de Spichov la habría obligado á casarse con otro.

Al llegar á Lencitz, Zbishko, mandó que se fijara el cartel de desafío, porque pensaba que aún casada Danusia, siempre sería la dueña de su corazón. Tampoco en aquella ciudad abundaban los hombres que sabían leer, y los pocos caballeros que tuvieron conocimiento del cartel, pensaron que solo un mentecato podía batirse por una mujer que no conocían.

Zbishko se ponía cada vez más triste; siempre amó á Danusia, pero en Bogdanetz, viendo á Jaghenka y admirando su belleza no pensaba tanto en aquélla; ahora en cambio, la veía de continuo movido de su deseo y soñaba con ella, viéndola con el laud en la mano coronada de rosas y jazmines. Extendía los brazos hacia él, y Jurand desde lejos, repetía con voz ronca y lenta: «No» el sueño huía de sus ojos, y el joven permanecía desconsolado porque no amó nunca á Danusia como ahora que la creía perdida para siempre.

La esperanza de que estallase una guerra le consolaba; creía que el fragor de las batallas, los peligros, las luchas, podrían distraerle de sus pensamientos; hablaban todos de la guerra, pero nadie veía el motivo de ella, porque entre el rey y la orden existía un acorde casi perfecto.

El presentimiento era general, y se repetía que la unión con Lithuania no se efectuó sino para dar pretexto á una guerra con los templarios, con los cuales se quería acabar para siempre.

El pueblo se preparaba tranquilamente, pero con la constancia del que ha sufrido mucho, y ve el momento en que han de terminar sus sufrimientos.

Zbishko encontraba en todas partes caballeros decididos á acudir á la primera señal que se diera; veía con placer que esos caballeros examinaban con complacencia sus

armas y caballos y le placía oír el martillar continuo de los herreros que fabricaban lanzas y espadas.

En la fortaleza de Varsovia, Zbishko fué recibido por Jasko Socha que ya le conocía por haberle visto en Cracovia y que le acogió cordialmente. El joven, tan pronto como se sentó á la mesa, preguntó noticias de Danusia.

Socha no podía contestarle, porque desde principios de otoño el príncipe y la princesa habitaban en el castillo de Tzechanov; lo único que sabía, era que se verificaron muchas fiestas y que bastantes damas de honor se desposaron antes de Navidad; pero ignoraba sus nombres.

—Danusia,—dijo,—no debe haberse casado, porque no era natural que lo hiciese sin estar presente su padre, y éste no ha ido á la corte. En ella están en la actualidad dos templarios, y como Jurand no puede resistir la vista del manto blanco con la roja cruz, no va nunca á la corte. Si lo deseáis, enviaré un mensajero fiel para saberlo, pero tengo por cierto que Danusia permanece soltera.

—Yo mismo iré mañana; Dios te bendiga por el consuelo que me das.

Socha preguntó á los nobles conocidos suyos si sabían algo de Danusia y todos contestaron que si se hubiese casado, sería muy recientemente.

Zbishko quedó algo tranquilo, y solo pensaba si le convendría deshacerse de Zanderus ó llevarlo con él, ya que entendía el alemán, cuando fuera á desafiar á Lichtenstein; pensaba que el aventurero no le había engañado aún, y aunque su manutención le costaba mucho, pues comía como cuatro, era servicial y tenía la ventaja de saber leer, lo que constituía una superioridad, aún sobre él mismo; así es que decidió permitirle ir con él, hasta Tzechanov.

Zanderus estaba muy contento, no solo porque tenía la manutención asegurada, sino porque viajando en buena compañía inspiraba más confianza y le compraban más reliquias.

El segundo día de viaje, Zbishko al anochecer vió las torres del castillo de Tzechanov; se detuvo en una posada para ponerse coraza y casco, blandió la lanza, y erguido sobre su colosal caballo, después de persignarse, marchó en dirección del castillo, donde quería entrar armado según costumbre.

Había andado pocos pasos, cuando el teheque le dijo:

—Señor, detrás de nosotros avanzan unos caballeros que deben ser templarios.

Zbisko revolvió su caballo y vió á poca distancia una lucida escolta, delante de la cual, cabalgaban dos caballeros sobre briosos corceles, armados de todas armas con capas blancas y en éstas la cruz de la orden.

—Son templarios, voto á Dios,—murmuró Zbishko.

Y sin percatarse de ello se inclinó sobre el cuello del caballo y bajó la lanza.

El teheque al verlo, se humedeció la mano con saliva, para afianzar mejor el asta del hacha.

La gente de Zbishko, que era muy experta y conocía bien las costumbres caballerescas, se preparaban, no para la batalla, pues cuando luchan caballeros no toman parte los siervos, sino para medir y preparar el suelo.

El teheque, á fuer de noble, hubiese podido entablar lucha, pero esperaba que Zbishko le llamase.

Afortunadamente Zbishko recordó lo que le había ocurrido camino de Cracovia y de sus consecuencias, por lo que, alargando la lanza al teheque se dirigió al encuentro de los caballeros, entre los cuales iba uno con un gran casco, pero sin armas, y que llevaba el pelo largo á estilo de los masovianos.

El caballero de Bogdanetz pensó.

—Cuando estaba prisionero prometí á mi señora no los penachos de tres cascos, si no diez; si solo fueran tres ya están ahí...

Cuando estuvo á pocos pasos de los templarios gritó:

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!

— Amén.

— ¡El Señor os proteja!

— ¡El Señor os proteja!

— ¡Gloria á San Jorge!

— Es nuestro patrón; ¡salud!

Los caballeros cambiaron mútuos cumplidos. Zbishko dijo quién era, cuál era su blasón y de donde venía; el caballero de las melenas contestó que se llamaba Endrek de Kropivnitzi y que acompañaba huéspedes del príncipe; el hermano Gottfrid, el hermano Rothger y el señor Fulcón de De-Lorsh de Lotaringia que deseaba ver al príncipe de Masovetz y especialmente á la hija del famoso «Keistut».

Mientras pronunciaba sus nombres, los caballeros erguíanse sobre las sillas inclinando las cabezas, y al ver las armas espléndidas de Zbishko creyeron que era un personaje importante enviado á su encuentro por el príncipe.

Endrek, dijo:

— El komptur de Jansbog dijo al príncipe que tres caballeros deseaban visitar nuestras tierras, pero que dudaban en hacerlo, especialmente el príncipe de Lotaringia, quien creía que junto á las tierras de los templarios no había sino sarracenos, con los cuales ha estado en continúa guerra. Nuestro príncipe, que es muy hospitalario, me envió á la frontera para guiar á estos caballeros.

— Sin vuestro auxilio, quizás no hubiésemos llegado hasta aquí.

— Es probable. Los alemanes son bien recibidos en calidad de huéspedes, pero cuando se les encuentra en su camino, todos tratan de asaltarles, ya para vengar antiguas ofensas, ya para conquistar fama.

Zbishko, que no olvidaba un momento á Danusia, preguntó á Endrek si era cierto lo que le habían dicho del casamiento de la niña.

— ¿Quién os lo dijo? Es una niña aún, y la he visto ha-

ce seis días al lado de la princesa. Además, ¿cómo se puede casar sin permiso de su padre?

— Oí decir, precisamente, que éste quería casarla.

— Estáis mal informado; es la princesa, y no Jurand, pero la joven está prometida á un mozo á quien adora.

— ¿Le ama?

Endrek sonrió.

— Me parece que pensáis mucho en ella.

— Es conocida mía.

El casco escondía gran parte del rostro de Zbishko, pero, á pesar de eso, Endrek observó que el joven se había sonrojado.

— Me parece que el frío enrojece vuestras mejillas,— dijo con ironía.

— Es posible.

Los caballeros echaron á andar, y Endrek, volviéndose á Zbishko, le preguntó:

— Perdonad; ¿cómo os llamáis?

— Zbishko de Bogdanetz.

— ¡Qué casualidad! también el caballero que ha de casarse con la hija de Jurand se llama así,

— No puedo ocultarlo,— contestó con altivez Zbishko.

— Ni hay para qué; no podéis figuraros con qué ansia se os espera en la corte; además de ella, la princesa os quiere mucho.

— ¡Dios la bendiga, y á vos también por la buena noticia! Cuando me habéis dicho que Danusia no estaba casada, me he sentido renacer.

— ¿Cómo podía casarse? Es verdad que hay muchos caballeros en la corte que la desean, porque llevará en dote á su marido la posesión de Spichov, pero no se arriesgan á pedir su mano, porque recuerdan su acción y vuestro juramento. ¡Qué contenta se podrá Danusia! Algunas veces, por broma, la decían en la corte que no volveríais, y entonces la niña se encolerizaba y decía: «Volverá, volve-

rá;» y cuando decían que os habían casado con otra, rompía en amargo llanto.

Zbishko se conmovió y dijo:

—Retaré á quien haya inventado tales calumnias.

Endrek soltó una carcajada:

—Eran las muchachas quienes inventaban estas historias; ¿Desafiaréis también á las mujeres?

Zbishko, que estaba contento por haberle deparado la suerte un compañero tan jovial y bueno, le interrogó por cuanto tenía ansia de saber. Recordó su voto, y dijo que en muchos países se esperaba la guerra y hacían preparativos, y preguntó si en Masovetz soplaban vientos bélicos.

Endrek no creía que la guerra estallaba tan pronto. Era cierto que la gente hablaba de ello, pero los templarios parecían no quererla de momento, para prepararse con tiempo.

—El príncipe,—dijo,—ha estado hace pocos días en Malborg, siendo recibido con grandes honores, y ahora tiene en su corte á muchos templarios de alta categoría en calidad de huéspedes. Parece que éstos desean que en caso de guerra con los polacos, nuestro príncipe permanezca neutral ó los ayude á ellos, pero esto no ocurrirá.

—¡No, no sucederá! ¿Cómo podrían permanecer impasibles nuestros príncipes, perteneciendo como pertenecen al reino polaco?

—Ciertamente,—replicó Endrek.

Zbishko lanzó una ojeada á los caballeros alemanes.

—¿También éstos vienen por igual motivo?

—¿Quién puede adivinar la idea de los templarios?

—¿Y el de Lotaringia?

—Ha venido por pura curiosidad.

—¿Es un personaje importante?

—Sí, le siguen tres carros llenos de equipajes y muchos servidores. Sería honroso batirse con él.

—¿Se puede?

—No; el príncipe me ha mandado escoltarles, y no se puede tocar un pelo de su ropa hasta que lleguen á la corte.

—¿Y si yo le retase y aceptara?

—Deberíais luchar primero conmigo, porque mientras yo viva, no debe pasarles nada.

Zbishko miróle benévolamente y contestó:

—Veo que conocéis las leyes de la caballería; no quiero batirme con vos, porque deseo vuestra amistad; pero si llegamos á Tzechanov desafiare á los alemanes.

—Allí podéis hacer lo que queráis, si el príncipe os lo tolera.

—Tengo un pergamino en el cual hay un cartel contra los que no digan: «Danusia es la más bella y virtuosa del orbe.» En los países que he atravesado, los caballeros no comprendieron este cartel, porque se encogían de hombros, y casi se burlaban.

—En algunos países, la costumbre de desafiar no existe, pocos la conocen. También el príncipe de Lotaringia ha dado un cartel de desafío contra quien no alabase á su dama; pero nadie le hizo caso.

—¡Qué! ¿decía que alabasen á su dama? ¿No tiene temor de Dios? No tiene vergüenza.

Diciendo esto, miraba á Fulcon De-Lorsh, el cual tenía una cuerda alrededor del cuello que caía sobre su coraza.

—¿Por qué lleva esta cuerda al cuello?—preguntó Zbishko.

—No lo sé, porque no comprende nuestra lengua; pero creo que habrá hecho el voto de no quitársela hasta que cumpla alguna acción heroica. De día la lleva sobre la coraza; de noche sobre el cuerpo.

—¿Zanderus!

—¿Qué quiere el señor?—preguntó acercándose.

—Pregunta á este caballero quién es la dama más bella y virtuosa.